

se á ver entre españoles, entre hermanos, que durante mucho tiempo no pudo hablar.

Todo era en él exclamaciones de júbilo.

Al mismo tiempo notaba una cosa muy triste.

Durante ocho años no habia hablado el español, y en este tiempo habia olvidado muchas palabras, muchas frases.

A lo mejor no sabia expresar sus ideas, y con la vehemencia de los mudos, con la mirada ardiente y escrutadora, parecia pedir las frases, las palabras de los que le rodeaban, y se desesperaba cuando tardaban en comprenderle.

No era este hombre el único español que habia cautivo en poder de los indios del Yucatan.

Oigamos lo que oyeron Hernan Cortés y sus capitanes: la historia de aquel hombre que la Providencia ponía en contacto con uno de sus hijos predilectos.

## CAPITULO XVII.

### Historia de un cautivo.



ERÓNIMO de Aguilar llamábase el cautivo que volvia gozoso al lado de los españoles, sus hermanos, y habia nacido en la ciudad de Ecija en 1488.

Apénas habia cumplido treinta años, y sin embargo, las arrugas que surcaban su rostro, las canas que se mezclaban con sus cabellos negros, daban á su fisonomía el aspecto de la vejez.

Para simplificar, relataremos á grandes rasgos su historia.

Nació en el seno de una pobre familia.

Su padre habia sido un modesto alfarero.

A los veinticuatro años se casó con una labradora muy rica y muy devota.

Siempre estaba honrada la alfarería con la presencia de algunos de los padres de los conventos de la ciudad.

Antonio de Aguilar amaba á Aldonza, su mujer, y saludó con entusiasmo el nacimiento de su primer hijo Jerónimo.

Aún no habia cumplido un año la criatura, cuando su esposa falleció, y uno de los amigos del viudo, queriendo consolarle:

—No llores tanto, le dijo; al fin y al cabo, aunque sienta decirte, no has perdido gran cosa. Tu mujer admitia con frecuencia las visitas que sabes, y por el pueblo se murmura....

No quiso oír más Antonio.

Desde aquel momento cerró su puerta á los antiguos amigos

de su casa, y confió el cuidado de su hijo á una gitana del arrabal.

Sin saber por qué, fué perdiendo el cariño al fruto de su amor, y cuando al llegar éste á los doce años manifestó gran vocacion por la carrera de la iglesia, su oposicion creció de punto al saber que queria entrar de lego en un convento.

Dos años trascurrieron, en los que el jóven luchó cuanto pudo con la autoridad paterna para realizar sus intentos.

Viendo que no podia conseguir nada por buenas, se escapó de su casa, se encaminó á Sevilla, y entró en un convento de frailes de la Merced, obteniendo el apoyo del obispo fray Diego de Deza.

Desde allí escribió al autor de sus dias, y por toda respuesta recibió su maldicion.

Desesperado el jóven, apénas profesó aprovechó la circunstancia de salir para la Española Diego Colon, el hijo del almirante, y fué llevado á bordo de uno de los buques en calidad de marinero.

En la Española trabajó mucho poseido de un celo vehemente en favor de la religion, para convertir á los infieles, para predicar el Evangelio.

Admirados todos de su celo, le designaron para formar parte de una expedicion que envió el gobernador de la Española al estrecho de Darien.

Al tornar, una fuerte tempestad empujó con tal furia la embarcacion, que la echó á pique, y solo veinte hombres pudieron salvarse en el bote, siendo arrojados por el viento hasta la desierta costa del Yucatan.

Allí salieron á su encuentro una porcion de indios caribes, y aprisionándolos, los llevaron á la presencia de su cacique.

Más les hubiera valido perecer.

El soberano de aquellos salvajes, ébrio de gozo ante la perspectiva del placer que le prometia su gula, eligió de entre todos

á los más corpulentos, á los más sanos, y dió orden á sus caudillos para que los matasen, ofreciendo su vida en holocausto á su Dios, y preparando despues sus miembros al fuego para que sirvieran de manjares en un espléndido festin.

Ocho españoles perecieron de este modo.

Los doce restantes quedaron aprisionados, dando órden á sus guardianes de que los alimentaran y nutrieran para poder repetir con ellos el banquete.

Otros ocho sirvieron de pasto á la voracidad de los caribes algun tiempo despues, y Jerónimo de Aguilar, con un marinero llamado Gonzalo Guerrero y dos soldados, Juan Márquez y Pedro Elena, quedaron para el tercer festin.

Por entónces, y á fin de que no se escaparan, mandó el cacique construir cuatro jaulas con troncos de árboles, y encerró en cada una de ellas á un prisionero.

Salvaba á Jerónimo de Aguilar el ser enjuto de carnes; pero temeroso de sufrir la misma suerte horrible que sus compañeros, se puso de acuerdo con Gonzalo Guerrero, que estaba en una jaula inmediata á la suya, y los dos convinieron en romper las barras y en escaparse.

Logró Aguilar separar dos barrotes de la jaula, y como era muy delgado, pudo evadirse por el espacio que dejó abierto.

Era de noche, y aprovechándose del sueño de sus enemigos, ayudó á Gonzalo Guerrero á romper su cárcel.

Libres los dos, se pusieron en fuga, decididos á morir luchando ántes que á sucumbir de la manera horrible que sus camaradas.

El miedo aumentó su ligereza, y al amanecer del día siguiente se encontraron á gran distancia de los dominios del gran cacique antropófago.

Pero no tardaron en ser aprisionados por otros caribes, quienes se apoderaron de ellos, y los condujeron á presencia de su soberano.

Respondiendo á sus preguntas, le refirieron las crueldades que habia cometido con ellos el primer cacique, y tuvieron la suerte de que el soberano que tenian delante fuese enemigo capital de aquel á quien habian abandonado.

Esto bastó para que censurase su crueldad, y para que, tomando á su servicio á los dos españoles, les prometiese protección y amparo.

Los dos españoles fueron separados.

Gonzalo fué entregado como esclavo á un hijo del cacique, y Jerónimo de Aguilar quedó al servicio de éste.

La dulzura de su carácter, los conocimientos que tenia en el idioma de los indios, las historias que les contaba de su país, los misterios de la religion que desarrollaba á sus ojos, fueron otros tantos motivos para conquistarle el aprecio de aquellos salvajes, y no tardó en llegar á tener sobre ellos un gran ascendiente.

Lo que más admiraba al cacique era la pureza de costumbres del extranjero.

A fin de poner á prueba su virtud, le colocó en ocasiones difíciles, y al ver que salió de ellas victorioso, no sólo le profesó estimacion, sino que llegó hasta tenerle respeto.

Ocho años trascurrieron de esta suerte para el pobre Aguilar, que ignorando á qué distancia estaba de sus hermanos, no pensaba ya volver á verlos nunca, y vivia sin más esperanza que una muerte gloriosa con un martirio tan acerbo.

El cacique murió, y le recomendó muy eficazmente á su hijo, el cual tuvo ocasion de apreciar su inteligencia y sus cualidades, y los consejos que le dió al verse empeñado en guerras con otros jefes de tribus vecinas á la suya.

Lleno de prestigio y admiracion, querido y hasta venerado por los indios, cuando llegaron los emisarios de Hernan Cortés á obtener su rescate, pudo alcanzar su libertad inmediatamente.

La idea de su partida entristeció á todos, y le despidieron con lágrimas en los ojos.

Sólo la promesa de que volveria allí con los españoles, pudo consolar á los que tan de veras le estimaban.

El marinero Gonzalo, á quien, segun manifestó, dió cuenta de la llegada de Hernan Cortés, no quiso abandonar á los indios.

Se habia unido con una mujer á quien amaba en extremo; tenia hijos de ella, se habia connaturalizado, por decirlo así, con los indios, y preferia, á volver al lado de los españoles, la triste situacion en que le colocaba su estado.

En cuanto á los otros dos que habian quedado en las jaulas, no pudo dar noticia de ellos, como tampoco de los españoles que al ir con Grijalva hasta el Yucatan habian quedado en poder de los indios.

--Vuestra venida, añadió Jerónimo de Aguilar, dirigiéndose á Cortés, ha sido providencial. Casi tengo derecho para creer que es un premio que me da Dios por mis martirios. Yo le ofrecí si me salvaba ir á España en seguida, y desde el punto en donde desembarcase encaminarme á pié y descalzo hasta el templo de nuestra señora de Guadalupe, en Extremadura, cuya imágen se me ha aparecido muchas veces, ofreciéndome que me salvaria de la esclavitud un hijo del país que protege con su amor.

Hernan Cortés, que no queria desprenderse de los grandes servicios que podia prestarle Aguilar, ofreciéndole más tarde ayudarle á realizar sus designios, le suplicó que no le abandonase en aquellos momentos, porque su amistad con los indios, sus grandes conocimientos en el país, su facilidad para conversar con los hombres cuyos dominios iba á conquistar, eran de gran precio para él.

Aguilar accedió á los deseos de Hernan Cortés.

Despues de celebrar toda su buena suerte, resolvieron conti-

nuar al día siguiente la navegacion, lo que verificaron en efecto doblando la punta de Cotoche y la parte oriental del Yucatan.

Las embarcaciones llegaron al lugar de Champoton, en donde tenia necesidad de desembarcar Hernan Cortés, para castigar à los indios que habian mostrado resistencia á Fernandez de Córdoba y á Juan de Grijalva.

Algunos de los soldados que habian acompañado á estos capitanes, excitaban en Hernan Cortés el deseo de cumplir aquel deber, de vengar las ofensas inferidas á los españoles anteriormente, y todo reunido fué causa para decidir al caudillo á desembarcar.

Pero los pilotos de los buques, instigados por el piloto mayor, se opusieron al desembarco, fundándose en que el viento era favorable para continuar el viaje y contrario para llegar á tierra.

Estas razones debian pesar más en el ánimo del político que el deseo de venganza, y ofreciendo á los que le incitaban que no olvidaria su deber, y animándoles por otra parte con la perspectiva del oro que en la provincia de Tabasco habian hallado los primeros explotadores de aquella parte del país que iban á conquistar, continuó la escuádra el viaje, llegando hasta la entrada del rio que habia tomado el nombre de Grijalva.

Durante el trayecto, celebró Hernan Cortés una conferencia con Aguilar.

En ella dió el cautivo al bizarro capitan una idea detallada de lo que era el imperio adonde se disponia á conducir sus huestes.

## CAPITULO XVIII.

### Ante el peligro.



A sinceridad con que hablaba Aguilar despertó muy pronto hácia él en Hernan Cortés una viva simpatía. No era el cautivo hombre capaz de comprender en toda su extension las altas miras del caudillo, que tanto se exponia para conquistar en nombre de los reyes de España aquellos desconocidos dominios.

Pero los hombres de verdadero génio tienen el privilegio de admirar aun á aquellos que no les comprenden, y de aquí el prestigio que alcanzan sobre las masas en breve tiempo.

—Confieso ingénuamente, dijo Cortés á Jerónimo de Aguilar, que me ha sorprendido vuestro encuentro. No podia figurarme que ántes que Fernandez de Córdoba y Juan de Grijalva hubieran penetrado en estos países otros españoles. Me asombra más, que habiendo llegado Cristóbal hasta el estrecho de Darien, y habiéndose llevado á cabo expediciones por otros capitanes, sólo la casualidad os haya á vos hecho conocer las costumbres de los indios de estas comarcas.

—Ved lo que son las cosas, contestó Aguilar. Yo he creido al oír el mensaje de los indios para obtener la libertad, que habiéndose tenido noticia de la pérdida de nuestro buque en la Española, os enviaba su gobernador para ver si encontrabais á algunos de los que iban á bordo del navío.

—¿Segun eso, ignorais que los españoles han conquistado otra isla, á la que han dado el nombre de Cuba?